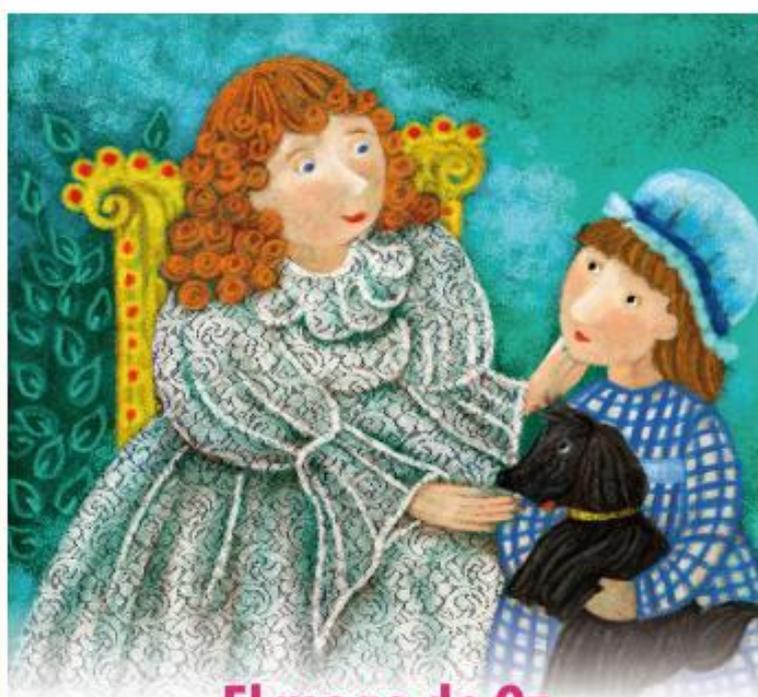


El mago de Oz

Frank Baum

ZIG-ZAG



El mago de Oz

Frank Baum

Ilustraciones de
Patricia González



Versión de

ALFONSO CALDERÓN

© I.S.B.N.: 978-956-12-2889-4

30ª edición: julio de 2015.

Gerente editorial: Alejandra Schmidt Urzúa.

Editora: Camila Domínguez Ureta.

Director de arte: Juan Manuel Neira.

Diseñadora: Mirela Tomčić Petric.

© 1969 por Alfonso Calderón Squadrito

Inscripción N° 37.059. Santiago de Chile.

Derechos exclusivos de la presente versión
reservados para todos los países.

Editado por Empresa Editora Zig-Zag, S.A.

Los Conquistadores 1700. Providencia.

Teléfono +56 2 28107400. Fax +56 2 28107455.

www.zigzag.cl / E-mail: zigzag@zigzag.cl

El presente libro no puede ser reproducido ni en todo
ni en parte, ni archivado ni transmitido por ningún medio
mecánico, ni electrónico, de grabación, CD-Rom, fotocopia,
microfilmación u otra forma de reproducción,
sin la autorización escrita de su editor.

Índice de contenido

- [1 El ciclón](#)
- [2 La reunión de la familia de los Tragones](#)
- [3 Dotty salva al Espantapájaros](#)
- [4 El rescate del Hombre de Hojalata](#)
- [5 El León Cobarde](#)
- [6 El camino de Oz](#)
- [7 El cuidador del país](#)
- [8 El país de Oz](#)
- [9 En busca de la bruja](#)
- [10 Los Monos Alados](#)
- [11 La muerte de la Bruja](#)
- [12 Con el Mago de Oz](#)
- [13 La magia del Mago](#)
- [14 El viaje en globo](#)
- [15 El hada del Sur](#)
- [16 El regreso](#)

1 El ciclón

Allá lejos, en una granja que está en el centro de las praderas de Kansas, vivía Dotty, una niña de modales sencillos. No era bonita, pero tenía una natural simpatía que encantaba a todos.

Tío Henry y tía Em cuidaban de Dotty, que era huérfana. La casa limitaba con el cielo por todos lados. El sol ponía todo gris: la tierra arada, las puntas de las hojas, la casa y los tíos.

Tía Em era muy delgada y tío Henry no reía jamás. Sin embargo, Totó hacía reír a Dotty; Totó, el pequeño perro negro juguetón. Jugaban el día entero.

Hoy, sin duda, algo pasaba. No estaban para juegos. Tío Henry miraba el cielo, que se veía mucho más gris que de costumbre. Dotty, con Totó en sus brazos, miró también. Tía Em lavaba los platos.

Un ruido sordo vino desde el norte. Un silbido, después. Tío Henry se puso de pie.

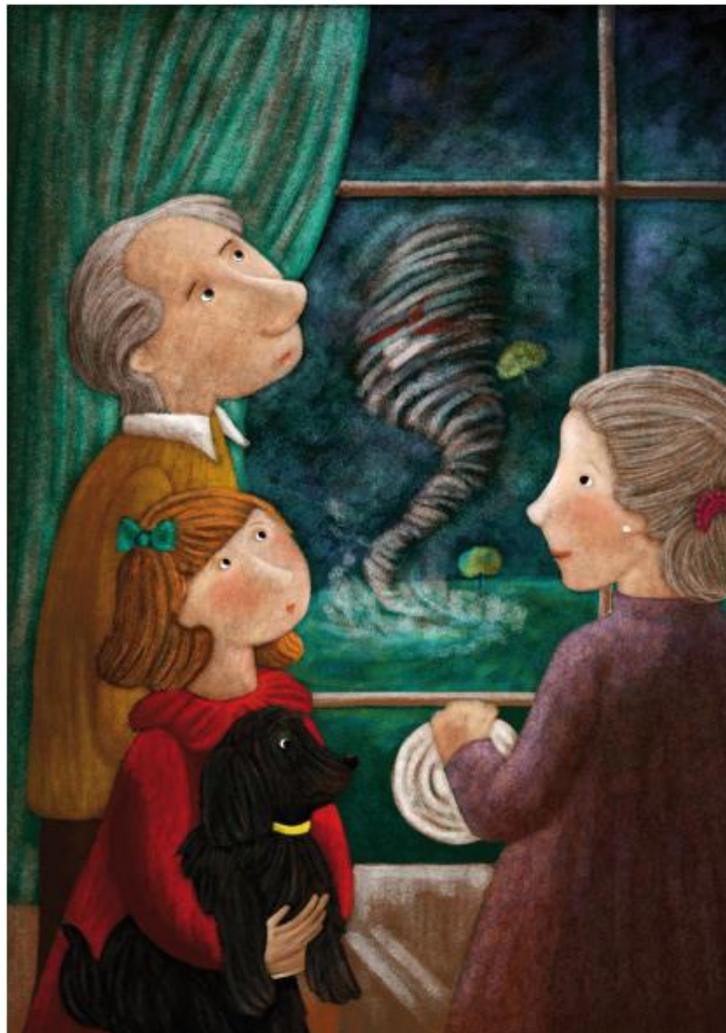
–Viene un ciclón –dijo. Y corrió hacia los establos, donde había vacas y caballos que comenzaban a asustarse.

Una mirada bastó a tía Em para advertir el peligro.

–Dotty –gritó–. ¡Rápido, corre a la bodega!

Totó huyó de los brazos de Dotty y se ocultó bajo la cama. Tía Em abrió la trampa que daba paso a una especie de subterráneo, donde se resguardaban de los ciclones, y bajó. Tras ella y Totó siguió Dotty.

Cuando estaban abajo se sintió un quejido del viento, largo y repetido. La casa se sacudió tan violentamente que todos debieron sentarse en el suelo.



Entonces ocurrió algo extraño.

La casa giró una vez, dos veces, y se levantó por los aires. A Dotty le pareció que iba en globo, en uno de esos que había visto en la televisión.

La casa era el centro del ciclón. Allí –en el centro– el aire permanecía quieto. La casa comenzó a elevarse cada vez más alto, como si fuese una pluma.

Estaba muy oscuro y el viento rugía. Luego de las primeras volteretas, cuando todo se tambaleaba, Dotty tuvo la sensación de que era mecida en una cuna.

Totó corría de allá para acá, ladrando con fuerza. Las horas pasaban y a Dotty se le quitó el miedo, aunque al comienzo se preguntó si la casa se haría pedazos. Como nada sucedía, esperó con calma.

La casa siguió balanceándose. El viento bramó varias veces, hasta que la niña cerró los ojos y se quedó dormida.

2 La reunión de la familia de los Tragones

Dotty despertó sobresaltada, porque notó que la casa ya no se movía. Totó se desperezó y gimió. El sol invadía la habitación cuando la niña corrió a abrir la puerta.

Los ojos se le abrieron más y más ante las maravillosas escenas que veía.

El ciclón había depositado la casa en medio de un país maravilloso. Césped por todos lados, árboles cargados de bellos frutos. Pájaros de hermosísimos plumajes. Allá lejos, donde tú no alcanzarías a ver, un arroyo murmuraba.

Dotty, que lo miraba todo, como hacen siempre los niños, vio venir hacia ella a un grupo de gente muy rara. No eran del tamaño de los adultos, muy pequeños. Eran como ella, que era crecida para su edad, pero mucho mayores.

Tres eran hombres y una, mujer. Iban con extraños vestidos. Tenían sombreros que se levantaban muy alto sobre sus cabezas, con campanillas alrededor de las alas, sonoras mientras caminaban. El color azul estaba en todo. La mujer era más vieja: parecía una manzana arrugada.

Ella avanzó entonces hacia Dotty, hizo una reverencia y dijo con voz muy dulce:

–Bienvenida, noble hechicera, a la tierra de los Tragones. Te agradecemos mucho por haber muerto a la malvada bruja del Este y por liberar a los nuestros del cautiverio.

Dotty escuchó en silencio, pero no entendía nada. Ella no había matado a nadie en su vida y había sido traída, a muchas millas de Kansas, por un ciclón.

–Usted es muy buena –dijo–; pero seguramente hay algún error. Yo no he matado a nadie.

–Fue tu casa quien lo hizo –contestó riendo la anciana–. Mira. Hay dos dedos del pie que asoman todavía.

Dotty dio un chillido. Efectivamente, dos zapatos de plata, puntudos y raros, se dejaban ver.

–Oh, por Dios –gritó Dotty, juntando las manos con desesperación–. La casa la aplastó. ¿Qué haremos?

–No hay nada que hacer –exclamó la mujercita.

–¿Pero quién era ella?

–Era la malvada bruja del Este y tuvo como esclavos a los Tragones por muchos años, sirviéndola día y noche. Ahora son libres, y eso es maravilloso.

–¿Quiénes son los Tragones?

–Son la gente del Este, querida niña.

–¿Usted es una Tragona? –preguntó Dotty.

–No. Ellos me llamaron cuando vieron a la bruja morir. Yo soy la bruja del Norte.

–Oh Dios mío, ¿es usted un hada verdadera?

–Por cierto. Y la gente me quiere. No era poderosa como ella, pues si no los habría liberado yo misma.



–Caramba –dijo la niña, que estaba verdaderamente asustada–, yo pensé que todas las brujas eran malas.

–Ese es un error. Había sólo cuatro brujas en la tierra de Oz. Dos de ellas, las del Norte y Sur, son buenas. Esto es verdad, pues yo soy una de ellas. Las del Este y el Oeste eran malas. Ahora sólo queda ésta.

–La tía Em me había contado que las brujas habían muerto muchos años atrás.

–¿Quién es la tía Em? –preguntó la viejecita.

–Es mi tía, la que vive en Kansas, el lugar donde yo tengo mi casa.

La bruja del Norte meditó; enseguida miró al suelo y dijo:

–No sé dónde puede estar Kansas. Nunca he oído hablar de ese país. ¿Es un lugar civilizado?

–Sí. Completamente.

–Eso, amiguita, lo explica todo. En los países civilizados ya no hay brujas ni magos ni hechiceros. En cambio, la tierra de Oz nunca ha sido civilizada. De ahí que todos los seres que te nombré existan entre nosotros.

–¿Quiénes son los magos? –preguntó Dotty.

–El de Oz es el más importante. Vive en la Ciudad de Esmeralda –contestó la anciana.

Dotty iba a preguntar algo más, pero un grito lanzado por los Tragones la hizo mirar. Los pies de la bruja del Este habían desaparecido. Sólo quedaban los zapatos de plata.

–Era tan vieja –explicó la bruja del Norte–, que se secó rápidamente bajo el sol. –Tomó los zapatos, los sacudió y se los pasó a Dotty.

La niña se dirigió a los Tragones y les manifestó:

–Quiero volver donde mis tíos. Ellos deben estar preocupados. ¿Me ayudarán ustedes a encontrar el camino?

Los Tragones y la bruja se miraron. Movieron las cabezas, tristemente.

–En el Este –dijo uno–, hay un gran desierto y nadie puede cruzarlo.

–Lo mismo ocurre en el Sur –agregó otro.

–En el Oeste está la malvada bruja –expresó el tercer hombrecito.

–Me temo, querida, que tendrás que vivir conmigo en el Norte –exclamó la viejecita.

Dotty, que se sentía muy sola, comenzó a llorar. Sus lágrimas parecieron conmovier a los Tragones, que sacaron sus pañuelos y comenzaron también a llorar.

La anciana se quitó el sombrero, balanceó la punta en el extremo de la nariz, mientras contaba “uno, dos y tres”. El sombrero se transformó en un pizarrón, donde aparecía escrito con tiza blanca: *Dejad ir a Dotty a la Ciudad de Esmeralda.*

La bruja se quitó la pizarra de la nariz y preguntó:

–¿Tú eres Dotty?

–Sí –contestó la niña, secándose las lágrimas.

–Irás a la ciudad. Quizás Oz pueda ayudarte.

–¿Dónde queda la ciudad?

–Está en el centro del país y es gobernada por el Mago de Oz.

–¿Es un hombre bueno? –inquirió la pequeña.

–Es un buen mago. Nada más puedo decirte, pues jamás lo he visto.

–¿Cómo se puede llegar donde él?

–Es un viaje muy largo. A veces el país es agradable; otras, oscuro y terrible. Usaré mi magia para que no tengas ningún contratiempo.

–¿No irá usted conmigo? –preguntó la niña, que veía en la viejecita a su única amiga.

–No, no puedo –respondió–, pero te daré un beso. Nadie se atreverá a molestar a alguien que haya sido besado por la bruja del Norte.

Se acercó a Dotty y la besó en la frente. Una marca redonda y brillante quedó allí.

–El camino hacia la Ciudad de Esmeralda está pavimentado con ladrillos amarillos –explicó la bruja–. No puedes equivocarte. Cuando llegues donde Oz no tengas miedo. Cuéntale tu historia y pídele ayuda. Adiós, querida.

Los tres Tragones le hicieron una reverencia y desaparecieron entre los árboles. La bruja hizo una amistosa muestra de despedida, giró tres veces en el taco izquierdo y se perdió de vista, entre los ladridos de sorpresa de Totó, que –por miedo o lo que sea– se había quedado quietecito donde estaba.

Como Dotty sabía que las brujas eran así, no mostró la menor sorpresa por su desaparición.

3 Dotty salva al Espantapájaros

Ya sola, Dotty sintió hambre. Fue hacia el aparador, cortó pan y lo untó con mantequilla. Tomó un balde y lo llevó al arroyo para traer agua clara. Totó comenzó a ladrar a los pájaros. Dotty miró la fruta y pensó que era lo justo para completar el desayuno.

Trajo los zapatos de la bruja muerta y un vestido de algodón, a cuadros blancos y azules. Cogió una gorrita rosada y un canasto que llenó de pan.

Totó salió detrás de ella.

Había varios caminos, pero a Dotty no le costó mucho descubrir el de ladrillos amarillos. Sus zapatos de plata tintineaban. El sol brillaba y los pájaros cantaban. Las cercas estaban pintadas de azul. Los Tragones eran buenos campesinos, sin duda, porque los campos eran realmente maravillosos.

Sus casas eran redondas y azules.

Al atardecer, Dotty estaba cansada y comenzó a pensar dónde pasaría la noche. Fue entonces cuando llegó a una casa más grande que las demás. Afuera hombres y mujeres danzaban. Cinco violinistas pequeñitos tocaban tan fuerte como les era posible. Todos cantaban. Una mesa estaba cubierta de nueces, frutas variadas, queques y tortas.

Los habitantes celebraban la liberación de los poderes de la bruja malvada y aquella casa era la de uno de los Tragones más adinerados. Se llamaba Boq.

Cuando éste vio los zapatos de plata le dijo:

–Usted debe ser una gran hechicera.



–¿Por qué? –preguntó la chica.

–Porque usa zapatos de plata y mató a la bruja malvada. Su traje es blanco y azul. El azul es el color de los Tragones, y el blanco, el de las brujas. Sabemos que es usted un hada amiga.

Dotty no halló qué responder. La noche vino y ella durmió espléndidamente en casa del señor Boq.

De mañana comenzó a preguntar:

–¿A qué distancia queda la Ciudad de Esmeralda?

–No sé –replicó Boq–, pues nunca he estado allí. Es mejor alejarse de Oz. Hay un trecho largo y lleno de peligros.

Como Dotty deseaba volver a Kansas, no se echó atrás ante el peligro. Dijo adiós a sus amigos y siguió su ruta.

Cansada, se detuvo, tras una buena caminata. Se sentó a la orilla de una cerca. Había atrás un vasto campo de trigo. Un espantapájaros asustaba a los gorriones.

Dotty miró al extraño objeto. Su cabeza era un saco relleno de paja. Ojos y boca estaban pintados. Un viejísimo sombrero de algún Tragón cubría su cabeza. El resto era un conjunto de ropas azules, descoloridas, también rellenas de paja. En los pies, botas con orillas azules.

Cuando Dotty lo miraba atentamente, se sorprendió al ver que uno de los ojos del muñeco hacía un guiño. Pensó que era un error, porque los espantapájaros de Kansas jamás hacían tal cosa; pero la figura movió la cabeza amistosamente.

–Buenos días –dijo con voz ronca.

–¿Habló usted? –preguntó la niña, con sorpresa.

–Por cierto. ¿Cómo estás?

–Muy bien, gracias –respondió Dotty, que era muy cortés.

–No me siento bien –dijo el Espantapájaros, con una sonrisa– ya que es muy aburrido estar aquí colgado día y noche.

¿Puede usted bajarse?

–No, porque este palo está pegado a mis espaldas. Podrías quitármelo.

Dotty desprendió la figura de paja, que, al tomar contacto con el suelo, empezó a cantar:

*Soy un muñeco de paja,
que carece de importancia:
¡me envuelve como mortaja
la ignorancia!
Si yo tuviera un cerebro
llegaría a ser un sabio,
y habría verdad y ciencia
en mis labios...*

–Muchas gracias –dijo, una vez terminada la canción–. Me siento como nuevo. ¿Quién eres? ¿Adónde vas?

–Mi nombre es Dotty y voy a la Ciudad de Esmeralda, a preguntarle al señor Mago de Oz cómo puedo volver a Kansas.

–¿Dónde está la Ciudad de Esmeralda? ¿Quién es Oz? –averiguó.

–¡Cómo no lo sabes! –exclamó sorprendida la niña, empezando a tutearlo.

El Espantapájaros respondió con tristeza:

–No sé nada. Estoy relleno de paja. No tengo cerebro.

–Ah –dijo Dotty–, cuánto lo siento.

–¿Crees que si voy contigo a esa ciudad, el Mago de Oz me colocará un cerebro? –preguntó el Espantapájaros.

–No sé –respondió la niña–, pero si él no te pone sesos no estarás peor que ahora.

–Si mi cabeza permanece rellena con paja, nunca voy a pensar. No quiero que la gente me llame loco.

–Si vienes conmigo le pediré al Mago que haga lo que pueda por ti –aseguró la niña.

A Totó, una vez que el hombrecillo se agregó a la comitiva, no le gustó mucho la situación, y gruñía sordamente.

–No te preocupes –manifestó el Espantapájaros–, hay una sola cosa en el mundo a la que temo.

–¿Al hombre que te fabricó? –inquirió la muchachita.

–No –replicó el ser de paja–. A un fósforo encendido.

Habían caminado un largo trecho cuando el Espantapájaros le dijo a Dotty:

–No entiendo por qué deseas irte de este hermoso lugar y volver de nuevo a ese sitio seco y gris que llamas Kansas.

–Es porque no tienes cerebro –contestó la niña–. Aunque nuestros hogares sean así, los de carne y hueso preferimos vivir allí. No hay como el hogar. Siempre volvemos a él.

–Por supuesto que no lo entiendo. –El Espantapájaros suspiró y agregó–: Si las cabezas de todos ustedes estuvieran llenas de paja como la mía, vivirían probablemente en los lugares más bellos. Kansas no tendría habitantes. Es una suerte para esa región el que ustedes tengan cerebro.

Y luego la niña se durmió.

4 El rescate del Hombre de Hojalata

Una vez que despertó, Dotty vio a Totó perseguir lleno de alegría a los pájaros. Buscó agua para lavarse la cara y para remojar el pan.

El Espantapájaros miraba con curiosidad, cuando se oyó un lastimero quejido.

–No puedo imaginar qué es –exclamó el Espantapájaros–. No tengo cerebro.

Corrieron hacia el bosque, donde parecía haber tenido origen el grito.

Junto a un árbol, que estaba cortado en parte, un hombre de hojalata, con un embudo como sombrero, se mantenía sin movimiento.

La sorpresa se dibujó en el rostro de los tres.

Como Dotty era tan atenta, fue la primera en reaccionar.

–¿Se quejó usted? –preguntó.

–Sí –contestó el hombre de hojalata–. Hace más de un año que lo hago y nadie ha venido en mi ayuda. Sólo pido que traigan un tarro de aceite y empapen mis articulaciones. Están oxidadas. Apenas lo hagan, estaré de nuevo bien. En mi choza hay un tarro.

Dotty, pacientemente, fue aceitando parte por parte al Hombre de Hojalata, y sólo se detuvo cuando éste hubo recobrado el movimiento.

–Gracias –exclamó–. Podría haber permanecido así para siempre. ¿Adónde van?

–Vamos en busca del Mago de Oz. Yo quiero que me envíe de vuelta a Kansas. El Espantapájaros quiere sesos para su cabeza.

El Hombre de Hojalata pareció meditar, y de pronto inquirió:

–¿Creen ustedes que el Mago de Oz me daría un corazón?

–Me imagino que sí –dijo Dotty–. Debe ser tan sencillo como ponerle cerebro al Espantapájaros.

El Hombre de Hojalata dio un salto y comenzó a cantar:

*De hojalata me formaron,
y mi pecho está vacío:
no amo ni sufro, mas siempre
tengo frío....*

*Es como flor sin aroma,
como niño sin canción,
el hombre que no posee
corazón...*

–Ven –dijo el Espantapájaros con bondad. Dotty asintió y todos cruzaron el bosque, en dirección al camino de ladrillos amarillos.

Echaron la aceitera en el canasto, por si llovía durante el viaje. Y caminando llegaron a un bosque muy tupido. El Hombre de Hojalata, en un rato muy corto, limpió totalmente el paraje.

Como todos iban abstraídos, no advirtieron que el Espantapájaros había caído a un hoyo. Volvieron y lo sacaron.

–¿Por qué no pasaste por un lado? –preguntó el Hombre de Hojalata.

–Mi cabeza está rellena de paja, tú lo sabes, y voy donde el Mago de Oz para que me dé sesos.

Caminaron un largo tiempo por caminos cubiertos de ramas, hojas secas y flores. Había pocos pájaros en esa parte del bosque, y a ratos se podían oír rugidos que atemorizaban a Dotty.

–Mientras yo lleve mi aceitera –decía el Hombre de Hojalata–, y tú tengas la marca del beso del hada, nada pasará. Estamos protegidos de todo daño.

5 El León Cobarde

En eso estaban cuando un enorme león dio un brinco y saltó al camino, de un zarpazo mandó lejos al Espantapájaros y pronto hizo lo mismo con el Hombre de Hojalata. Se disponía a continuar con Totó, cuando Dotty lo abofeteó en las narices y gritó:

–¿No te da vergüenza, grandote, morder a un pobre perrito?

–No lo mordí –replicó el León, sobándose la nariz.

–Eres un cobarde –exclamó la niña.

–Lo sé –asintió el León con mucha vergüenza–. Siempre lo he sabido. Todos me creen valiente y sólo soy un león cobarde. A veces me asusto de mi sombra.

Llorando, se puso a cantar:

*De la selva yo podría
ser siempre el Rey y Señor
si en mi pecho hubiese
un poco de valor...*

*Que el cobarde no merece
más que desprecio y baldón:
las almas fuertes le tienen
compasión...*

–¿Adónde van ustedes? –indagó.

–A ver al Mago de Oz.

–A mí para que me dé sesos –dijo el Espantapájaros.

–Y a mí un corazón –agregó el Hombre de Hojalata.

–Y a nosotros –expresó Dotty, mirando a Totó–, para que nos envíe de vuelta a Kansas.

–¿Creen ustedes que a mí podría darme valor?

Todos asintieron.

De nuevo, tomaron la ruta, cantando a coro una alegre canción:

Sobre el arco iris...

De pronto, el Hombre de Hojalata pisó a un escarabajo y le dio muerte. El llanto le brotó en grandes cantidades. No quería dar muerte, nunca, a ningún ser de la creación, por pequeño que fuese.

Como el llanto empezó a oxidarlo, Dotty tuvo que ayudarlo echándole aceite en las articulaciones.

Como ya era de noche, decidieron descansar bajo un árbol gigantesco, que los protegería del sereno. El Hombre de Hojalata cortó un montón de leña, Dotty encendió una fogata y entre ella y Totó comieron los últimos restos de pan que les quedaba.



El León Cobarde se ofreció para matar un venado, pero ante la amenaza del Hombre de Hojalata, que dijo que se pondría a llorar, retiró su ofrecimiento.

El Espantapájaros comenzó a sacar nueces de un gran nogal que estaba allí, al lado. Tenía temor de que las chispas del fuego lo alcanzaran y se mantenía alejado. Sólo cuando Dotty se durmió, se acercó y la tapó con puñados de hojas secas. A la mañana siguiente les esperarían grandes trabajos, pero ellos no lo sospechaban.

6 El camino de Oz

Cuando los viajeros despertaron, Dotty se desayunó como princesa con duraznos y ciruelas. Caminaron un rato hasta encontrarse con un río. Al fondo, un sitio lleno de sol daba a entender que era el lugar que buscaban: la Ciudad de Esmeralda.

El río, por el momento, los detenía. El Hombre de Hojalata cortó troncos y los unió: la balsa estaba pronta para el viaje. Dotty, con Totó en brazos, se sentó al centro. Cuando subió el León Cobarde, todo se descontrapesó: era muy grande y pesado.

El Espantapájaros y el Hombre de Hojalata se colocaron a los lados y todo comenzó a marchar bien. Remaban y remaban, pero el agua se hizo tan honda, que los remos no tocaban fondo.

—Esto se pone muy malo —dijo el Hombre de Hojalata—. Si no podemos llegar a tierra seremos conducidos hacia el país de la malvada bruja del Oeste. Ella nos encantará y seremos sus esclavos.



—No tendré cerebro —prorrumpió el Espantapájaros.

—No seré valiente —agregó el León Cobarde.

—No tendré corazón —dijo el Hombre de Hojalata.

—No volveré jamás a Kansas —exclamó Dotty.

Poco a poco fueron conduciendo la balsa hacia la orilla.

Caminaron, oyendo el canto de los pájaros y mirando las hermosas flores. Las había amarillas, blancas, azules y escarlatas, además de unas maravillosas amapolas rojas, que encandilaban los ojos de Dotty.

—¿No son maravillosas? —comentó la niña.

—Me imagino que sí —asintió el Espantapájaros—. Cuando tenga cerebro, de seguro que me gustarán más.

–Sólo si tuviese corazón las amaría –añadió el Hombre de Hojalata.

–Siempre me gustaron las flores –dijo el León Cobarde–. Parecen tan frágiles y desamparadas. No hay en el bosque otras tan vistosas como éstas.

Más y más amapolas aparecían por todos lados. Se sabe que cuando hay muchas, su poderoso olor hace dormir. Si no se saca a la persona de allí, la esencia de las amapolas las deja dormidas para siempre. Dotty ignoraba todo esto y sintió que tenía deseos de dormir. El Hombre de Hojalata no lo permitió:

–Debemos volver al camino de los ladrillos amarillos antes del atardecer –señaló.

El Espantapájaros estuvo de acuerdo con él. Dotty se fue quedando, poco a poco, dormida entre las amapolas.

–¿Qué haremos? –preguntó el Hombre de Hojalata.

–Si se queda aquí, morirá. El olor de las flores nos está matando a todos –agregó el León Cobarde.

El Espantapájaros y el Hombre de Hojalata no estaban hechos de carne, de tal modo que no tenían molestia alguna con el aroma.

–Corre –dijo el Espantapájaros al León Cobarde–. Huye de este mortal peligro tan rápido como te sea posible. Nosotros llevaremos a la niña, pero si tú caes dormido, no podremos contigo. Eres muy grande.

Hicieron una silla de manos para conducir a Dotty. El León Cobarde ya iba muy lejos.

Llevaron a Dotty a un lugar bellísimo, cerca del río. La tendieron en el pasto y esperaron que la brisa amistosa la despertara.

7 El cuidador del país

Apenas se levantó el sol, retornaron al camino y vieron una verde luz que se iba haciendo más brillante a cada momento. Era tarde ya cuando llegaron a la muralla enorme que rodeaba la ciudad. Era de color verde brillante. Una reja, con incrustaciones de esmeralda*, destellaba tan fuertemente que balanceaba los ojos pintados del Espantapájaros.

Al lado de la reja había una campana. Dotty la sacudió y pudo imaginar que un tintineo de plata viajaba hacia el fondo del lugar.

La gran reja se abrió. Avanzaron.

Al frente había un hombrecillo de la altura de los Tragones. Vestía de verde de pies a cabeza. Hasta su piel era del mismo color. O lo parecía. A un costado se hallaba una gran caja verde.

–¿Qué desean aquí en la Ciudad de Esmeralda? –preguntó.

–Venimos a ver al Mago de Oz –repuso Dotty.

El hombrecillo, sorprendido, se tomó la cabeza con las dos manos.

–Si vienen a preguntar tonterías al Mago, o bien a averiguar ociosidades, él puede enojarse y destruirlos.

–No se trata de lo que usted dice –contestó el Espantapájaros–. Es algo muy importante. Nos han dicho que el Mago es un hombre bueno.

–Lo es. Lo es –replicó el hombre verde–. Gobierna el país con sabiduría y bondad. A quienes se acercan por curiosidad o no son honrados, les parece terrible. Yo soy el guardián de las rejas y, como ustedes piden ver al Mago de Oz, los conduciré al palacio. Primeramente deben ponerse los anteojos.

–¿Por qué? –preguntó Dotty.

–Si no los usaran, el brillo y la gloria de la Ciudad de Esmeralda los dejarían ciegos. Aun los que viven en el lugar deben usarlos de día y de noche.

Sacó el pequeño ser una enorme llave y abrió la caja. Anteojos de todas formas y tamaños mostraban sus vidrios verdes.

Fue poniendo a cada uno los suyos, ajustándolos pacientemente. Y hasta él mismo se colocó los que le correspondían. Tomó una llave de oro, que se hallaba en una percha, abrió otra reja y el grupo pasó a las calles de la Ciudad de Esmeralda.

8 El país de Oz

Las casas eran íntegramente de mármol verde. Los vidrios eran verdes. El cielo y el sol tenían el mismo color.

La gente que caminaba por las calles vestía de verde y su piel era también verde.

Y las tiendas. Manjares verdes, zapatos verdes, sombreros verdes, limonadas verdes. Hasta las monedas eran verdes.

Todos parecían muy felices.

Un soldado, que aseguró a Dotty que nunca había visto al Mago, los acompañó. Debieron esperar.

–La verá –comunicó el soldado que había llevado ya el mensaje al Mago–. Al principio estaba furioso, pero cuando supo lo de sus zapatos de plata y lo de la marca en la frente, se interesó de verdad por usted.

Sonó una campana.

–Es la señal –dijo el soldado–. Usted debe penetrar sola a la sala del Trono.

Era una habitación redonda, que daba miedo. Enormes esmeraldas cubrían el techo. En el centro de éste, una luz poderosa enceguecía.

Lo que más llamó la atención a Dotty fue el gran trono de mármol verde, que estaba al centro de la sala. En una silla había una enorme cabeza. Nada de brazos, piernas o cuerpo. La cabeza sí tenía ojos, nariz y boca. Y era más grande que la cabeza del gigante más grande.

Dotty tuvo miedo. Los ojos la miraron fijamente. La boca se movió:

–Soy el terrible Mago de Oz. ¿Quién es usted y qué desea de mí?

Dotty le explicó que deseaba volver a Kansas, donde sus tíos.

Entraron luego el León Cobarde, el Hombre de Hojalata y el Espantapájaros.

Uno a uno fueron exponiendo al Mago de Oz sus aspiraciones, y cuando todos hubieron hablado, la enorme cabeza dijo:

–En el país todo el mundo debe pagar por lo que obtiene. Ayúdenme y yo los ayudaré. Tendrán que cumplir un trabajo: dar muerte a la malvada bruja del Oeste.

9 En busca de la bruja

El soldado verde los acompañó por las calles hasta la habitación del guardián de las rejas, quien les sacó los anteojos y abrió la puerta.

Un sendero con manchas de margaritas y ranúnculos contemplaba el paso de Dotty, Totó, el Hombre de Hojalata, el Espantapájaros y el León Cobarde. Rápidamente fue quedando atrás la Ciudad de Esmeralda. El suelo se fue poniendo áspero y feo. Ningún árbol los protegía con su sombra del fuerte sol.

La bruja malvada del Oeste tenía un solo ojo, que era tan poderoso como un telescopio gigantesco. Sentada a la puerta de su castillo, vio dormir al grupo que venía en su búsqueda. Enfurecida, tocó un silbato de plata que llevaba al cuello.

En el acto, una manada de enormes lobos, de largas patas, dientes afilados y ojos feroces, aparecieron ante la bruja.

–Vayan donde esos intrusos y destrócenlos –ordenó.

Por suerte el Espantapájaros y el Hombre de Hojalata estaban despiertos y vieron a los lobos que venían corriendo furiosos.

–Esta es la mía –dijo el Hombre de Hojalata–, pónganse detrás y yo me encargaré de ellos.

Uno a uno, los lobos fueron dejando la cabeza en el filo del hacha. Y venía un lobo, y zas, y venía otro lobo, y zas. Hasta que el último de ellos quedó sin vida, a los pies del héroe de hojalata.

A la mañana siguiente, la bruja, que se sobaba las manos muy contenta, miró. ¡Horror! El ojo como telescopio vio el montón de lobos muertos. Tocó entonces dos veces el silbato.



Una bandada de cuervos salvajes voló hacia ella, oscureciendo el cielo. La malvada mujer mandó entonces:

–Vuela rápido hacia los extranjeros. Dale picotazos en los ojos hasta que se los destroces totalmente.

El jefe de los cuervos salvajes comunicó la misión a sus compañeros y partieron en una sola bandada. Al verlos venir, Dotty zarandeó a Totó y tuvo mucho temor.

El Espantapájaros exclamó:

–Esta es mi guerra. Pónganse detrás de mí y nada les pasará:

Al principio, los negros cuervos se asustaron, pues siempre tienen miedo de los espantapájaros; pero el jefe les dijo:

–Es sólo un hombre de paja. Yo le picotearé los ojos.

En mala hora dijo eso, porque a medida que iban acercándose, el Espantapájaros les torcía el cogote, hasta que no quedó uno solo para contar el cuento.

La bruja dio volteretas en el suelo, de rabia le brotaba espuma de la boca, y la nariz ganchuda parecía uno de esos signos de interrogación que pones en tus cuadernos.

Tomó la mujer el silbato de plata y tocó tres veces. Un enjambre de abejas negras apareció a su lado.

–Vayan donde los asesinos –mandó–, y píquenlos hasta que mueran.

Las abejas, muy obedientes, dieron media vuelta y volaron hacia donde estaba Dotty. Ya el Hombre de Hojalata las había visto y, junto al Espantapájaros, decidieron lo que había que hacer:

–Sácame toda la paja y cubre a la niña, al perro y al león. Las abejas no podrán picarlos.

El Hombre de Hojalata lo hizo así.

Las abejas sólo podían pinchar al único que estaba visible y sin protección aparente.

Sin embargo, cada vez que atacaban al Hombre de Hojalata, sus lancetas, esas agujas terribles que tanto molestan a los niños durante los veranos, caían destrozadas ante la piel del hombre. E iban cayendo, una a una, muertas.

Cuando el ojo como telescopio de la malvada bruja del Oeste vio el nuevo desastre de sus enviados, pateó el suelo, hizo sonar los dientes y se tiró los cabellos, que eran como

lombrices gigantes, mientras arrojaba una espuma que era casi, casi como el fuego de los volcanes.

Llamó entonces a una docena de esclavos, que eran los Dormilones, y les dio unas lanzas afiladas, como agujas gigantes, y los envió a matar a los extranjeros.

Los Dormilones no eran nada de valientes, pero tenían que obedecer. Y caminaron, caminaron, hasta llegar cerca de Dotty. Al primer rugido pavoroso del León Cobarde, los Dormilones partieron, patitas para qué las quiero.

Vueltos al palacio, la bruja les zurró con una correa con hebilla de plata y los despachó para el interior de sus dominios.

Como era una bruja malvada pero inteligente, empezó a pensar por qué fracasaban sus planes, uno tras otro.

10 Los Monos Alados

Y se acordó del Bonete de Oro. Este tenía un encanto. Quien fuera su dueño podía llamar tres veces a los Monos Alados, que obedecerían lo que se les mandase. Nadie podía, eso sí, mandarlos más de tres veces anteriormente, en otras batallas que hubiera librado contra las fuerzas del bien.

Ahora que los bravos lobos, los cuervos salvajes y las abejas pinchadoras estaban muertos, sólo los Monos Alados podrían destruir a los intrusos.

La bruja se puso el Bonete de Oro sobre la cabeza, afirmó bien el pie izquierdo y dijo, con mucha lentitud, para no confundirse:

–Ep, ep, pe, pep-pe, kap-ké.

Luego afirmó el pie derecho y agregó:

–Hil-lo, hol-lo, hel-lo.

Después afirmó los dos pies y gritó con fuerza:

–Ziz-zi, zuz-zi, zik-zi-zik.

El encantamiento dio resultado. Un estruendo conmovió el aire. El cielo se oscureció, sin dejar un solo espacio con luz. Muchas alas sonaban como cuando se corta una tela con las tijeras grandes de los sastres.

Cuando el sol, que estaba muy asustado, abrió unas nubes para mirar, pudo ver a la bruja malvada del Oeste rodeada de monos. Uno más grande, que andaba como si estuviese bebido, parecía el jefe. Se acercó a la bruja.

–Usted ha llamado por la tercera y última vez –le dijo–. ¿Qué ordena ahora?

–Destruyan a los extranjeros –repuso la mujer malvada–. Menos al León Cobarde, pues pienso ensillarlo para que trabaje como caballo de carga. Como flechas partieron.

En segundos, estuvieron junto a nuestros amigos, justo cuando Dotty les hablaba con gran entusiasmo de Kansas, de tío Henry y de tía Em.

Dos o tres monos cogieron al Hombre de Hojalata y lo condujeron por el aire hasta una zona llena de piedras muy filudas. Desde una altura muy grande lo dejaron caer.

El Hombre de Hojalata quedó tan abatido y mellado, con abolladuras por todos lados, que ni quejarse podía.

Otros monos se encargaron del Espantapájaros. Con sus largos dedos arrancaron toda la paja de la cabeza y el cuerpo. Hicieron un bulto con sus ropas y las dejaron en las ramas más altas de un enorme árbol.

Los monos restantes lanzaron una cuerdas al León Cobarde, como lazos de cow-boys, y lo inmovilizaron, sin que pudiese siquiera mover las patas. Con él a cuestas llegaron al castillo de la bruja y lo colocaron en una jaula.

A Dotty nada le hicieron, aunque ella esperaba, junto a Totó, su turno. “Ahora me toca a mí”, pensaba a cada momento.

El jefe voló hacia ella, con los brazos peludos estirados y una horrible mueca, pero vio la marca en la frente: el beso de la buena hada. Se detuvo y dijo:

–No podemos dañar a esta niña. Está protegida por los poderes del bien, que son superiores a los poderes del mal. Sólo podremos llevarla al castillo de la bruja malvada. Nada más.

La dejaron en las gradas del castillo y se fueron volando, hablando mucho y en voz alta, como esas señoras que van de visita a las casas y no dejan que los niños entren ni salgan, cuenta que te cuenta cosas.

11 La muerte de la Bruja

La malvada bruja se indignó al ver la marca sobre la frente de Dotty, pues sabía que ni ella ni nadie podía hacer mal a quien la tuviese. Luego vio los zapatos de plata y comenzó a temblar de miedo, porque sabía el poder mágico que tenían.

Quiso huir, pero pronto se dio cuenta de que la niña era un alma simple e ignoraba el poder inmenso de esos zapatos.

Hizo una mueca, dio un puntapié en el suelo y gritó:

–Ven y sigue todas mis instrucciones. Si no lo haces, morirás como el Hombre de Hojalata y el estúpido Espantapájaros.

Caminaron por habitaciones y habitaciones. No se terminaba nunca de entrar y Dotty pensó cuándo irían a salir de allí. Así llegaron hasta la cocina, donde había unas enormes ollas y teteras, marmitas y cucharones.

La bruja le ordenó lavarlos con el mayor cuidado y rapidez. Después debería limpiar el piso y mantener el fuego con leña siempre encendida.

La bruja trataba por las noches de ensillar al León Cobarde, pero éste daba unos rugidos espantosos que asustaban a la malvada mujer.

–Te dejaré morir de hambre o serás mi caballo –declaraba.

La verdad es que el León no pasaba hambre, porque Dotty bajaba siempre a darle alimentos de toda clase y a llorar por la libertad perdida. Nadie podría salir de allí, pues todos los sitios estaban vigilados por los Dormilones.

La vieja no pegaba nunca a Dotty por la virtud de la marca en la frente, pero ganas no le faltaban a cada momento. Se contentaba con amenazarla con su viejo paraguas con empuñadura de dragón.

Dotty pensaba en Kansas, en tío Henry y tía Em, y veía con dolor que sería imposible regresar al hogar.

La bruja tenía una ambición: apoderarse de los zapatos de plata que Dotty llevaba. Por más que pensaba, ninguna solución se le venía a la cabeza. La niña sólo se los sacaba en el momento del baño. Y ella tenía horror al agua, la evitaba, y jamás permitía que, bajo ninguna apariencia, ésta la tocara.



Como la mala mujer era muy astuta, pensó una treta. Colocó una barra de fierro a poca distancia del suelo y con pases mágicos la hizo invisible. Cuando Dotty pasó, tropezó y cayó al suelo. No se hirió, pero uno de sus zapatos escapó y, antes que lo alcanzara, cayó en las manos de la bruja.

Ya tenía la mitad del poder mágico, aunque no sabía cómo usarlo.

Enfurecida, Dotty tomó el balde de agua, que estaba muy cerca, y se lo vació a la bruja, mojándola entera. De inmediato, la mujer dio un grito pavoroso, que remeció las ollas, las teteras, las marmitas y los cucharones. Y, poco a poco, se fue encogiéndose.

—Mira lo que has hecho —gritó—. Dentro de un minuto me derretiré.

—Lo siento de veras —dijo la bondadosa niña, al ver que la bruja se iba deshaciendo como azúcar negra.

—He sido malvada —continuó la bruja—, pero nunca imaginé que una niñita habría de derretirme. El castillo será tuyo.

Tras decir esto, se transformó en una masa café, sin formas, que empezó a desparramarse por las tablas brillantes de la cocina. Dotty, que era muy aseada, tomó otra porción de agua y la lanzó sobre los restos oscuros. Tomó el zapato de plata, que era lo único que quedaba de la bruja, lo sacudió y se lo puso en el pie. Y sintiéndose libre, corrió al patio para contárselo todo al León Cobarde, y manifestarle que ya no eran prisioneros.

12 Con el Mago de Oz

El camino era largo. Los Monos Alados los habían conducido la vez anterior, por lo que el viaje había parecido de minutos. Ahora, Dotty y el León Cobarde cruzaban bosques, cerros; saltaban cercas, comían raíces. A la vuelta de un camino, vieron, llenos de alegría, en medio de las piedras filudas, al Hombre de Hojalata, que no se podía mover, como la vez primera. Dotty, llena de contento, comenzó a aceitarlo, a desabollarlo, hasta que pudo recobrar el habla y ellos le contaron toda la historia de la malvada bruja.

Poco más adelante, Dotty manifestó un deseo. ¿No sería posible que el Espantapájaros reviviera? Los zapatos tenían poderes. Al instante, con los ojos pintados, el hombrecito de paja apareció ante ellos. Totó brincaba alegremente y todos comenzaron a saltar alrededor de él.

Una vez que siguieron la ruta, el camino se fue aclarando, los colores se hicieron magníficos. Ya estaban ante la reja de la Ciudad de Esmeralda.

—Caramba, ya están de vuelta. ¿Y cómo fue aquello? —preguntó el cuidador de la puerta.

Cuando le hubieron contado, asombrado estiró la mano hacia la caja y comenzó a sacar los anteojos. La gente del pueblo fue conociendo la historia de la muerte de la bruja, que se transmitía de boca en oreja y de oreja en boca. Una enorme comitiva les condujo hacia el palacio de Oz.

La puerta estaba abierta. No había, eso sí, nada del escenario de la vez anterior. Una voz solemne, como la de algunos profesores, pareció brotar del fondo de la cúpula:

—Soy el Mago de Oz, el grande y terrible. ¿Qué desean?

Miraron por todos lados, pero nada pudieron ver.

–¿Dónde está? –preguntó Dotty.

–Estoy en todas partes –contestó la voz–, pero para los ojos comunes de los mortales soy invisible.

–Hemos venido para que usted, Mago, cumpla su promesa –manifestó Dotty.

–¿Qué promesa? –dijo malhumorado el Mago de Oz.

–Prometió enviarme a Kansas en cuanto la malvada bruja fuese destruida –respondió la niña.

–Prometió que me daría un cerebro –agregó el Espantapájaros.

–Prometió que me daría un corazón –agregó el Hombre de Hojalata.

–Prometió que me daría valor –dijo en voz baja el León Cobarde.

–¿Fue en realidad destruida la bruja? –preguntó la voz.

–Sí. La derretí con agua –contó Dotty.

–Bien, bien, ejem, ejem –dijo la voz–. Vuelvan mañana, debo pensarlo.

–Debe cumplirnos las promesas. No esperaremos –expresó Dotty, furiosa, acompañada en su enojo por todos los otros.

El León Cobarde pensó que sería bueno asustar a Oz y dio un rugido fenomenal. Totó se alarmó y fue a estrellarse contra un biombo. Al caer éste al suelo, con enorme bullicio, vieron que tras él había un viejecito calvo y arrugado, que estaba muy sorprendido.

–¿Quién es usted? –dijo el Hombre de Hojalata, levantando su hacha.

–Soy el Mago de Oz –dijo temblando el anciano–. No me castiguen. Haré lo que quieran. No me arruinen.

–Es un charlatán –masculló el Espantapájaros, decepcionado.

–Exacto, exacto –declaró el viejecillo, restregándose las manos de alegría–. Soy un charlatán.

–Esto es terrible –anotó el Hombre de Hojalata–. ¿Cómo obtendré mi corazón?

–¿Y yo mi cerebro? –agregó el Espantapájaros, limpiándose las lágrimas con la manga del abrigo.

–¿Y yo mi valentía? –se lamentó el León Cobarde.

–¿Nadie sabe que usted es un charlatán, entre la gente de la Ciudad de Esmeralda? –preguntó Dotty.

–Sólo ustedes cuatro y yo. He engañado a todo el mundo por muchos años. Soy ventrílocuo y he armado todo este espectáculo.



–En verdad –anotó el Espantapájaros–, usted debería avergonzarse de ser un charlatán.

–Lo estoy, lo estoy –manifestó con pena el Mago de Oz–. Déjenme contarles mi vida.

Se sentaron para oír la historia.

–Yo nací en Omaha.

–Eso no queda lejos de Kansas –dijo Dotty.

–Pero está muy lejos de aquí –agregó con tristeza–. Cuando crecí me hice ventríloquo. Imitaba toda clase de animales hasta que me aburrí y me hice aeronauta. En un globo subía alto hacia las nubes. Un día, las corrientes de aire me llevaron cielo arriba, más, más y más. Viajé un día y una noche, por el aire.

“Volé sobre el arco iris. A la mañana del día último, desperté en un extraño país. Como la gente me vio bajar de las nubes, creyó que estaba ante un gran mago. Y prometieron obedecerme.

“Sólo como entretenimiento, y porque no conviene que la gente esté sin hacer nada, les pedí que construyeran este palacio y esta ciudad. Como era hermoso y verde el lugar, lo llamé la Ciudad de Esmeralda. Para que todo se viese mejor receté los famosos anteojos verdes que ustedes vieron”.

–¿No es todo verde aquí, acaso? –preguntó Dotty.

–No más que cualquier otro lugar –replicó el Mago de Oz–. Cuando se usan anteojos verdes, todo parece verde. La Ciudad de Esmeralda fue construida hace muchos años. Yo era joven entonces. Ahora estoy viejo. Aquí está la felicidad. He sido bueno con mi gente y ellos me quieren; pero desde que se construyó el palacio me he encerrado en él y no he visto a nadie.

“Uno de mis mayores sustos me lo daban las brujas: yo no tenía poderes mágicos. Sabía demasiado que dos de ellas eran buenas y otras dos malas.

“Viví con un miedo terrible. Imaginen mi alegría cuando su casa, Dotty, cayó sobre la bruja del Este. Cuando ustedes me pidieron favores yo estaba dispuesto a prometer cualquier cosa con tal que eliminaran a la malvada bruja del Oeste.”

–Usted es muy malo –interrumpió Dotty.

–No, querida, soy sólo un mal Mago –respondió el de Oz.

–¿Puede usted ponerme sesos? –inquirió el Espantapájaros.

–Usted no los necesita. Aprende algo nuevos todos los días. La experiencia es lo único que trae conocimientos, y mientras más se vive, más experiencia se tiene. Es lo único que vale.

–Puede ser verdad –dijo el Espantapájaros–, pero seré infeliz si usted no me da sesos.

El Mago de Oz lo miró con atención.

–Bueno –dijo suspirando–, si viene mañana por la mañana le pondré muchos sesos. No puedo enseñarle cómo usarlos. Debe averiguarlo solo.

–Gracias, mil gracias –exclamó feliz el Espantapájaros–. No tema, sabré hallar una manera de usarlos.

–¿Y mi valor? –preguntó el León Cobarde.

–Usted lo tiene, estoy seguro –replicó el Mago–. Lo que necesita es confianza en sí mismo. No hay ser humano que no tenga miedo cuando enfrenta el peligro.

–De cualquier modo –replicó el otro–, me sentiré desgraciado si usted no me da esa clase de coraje que le hace a uno despreciar el miedo.

–Bueno. Se lo daré mañana –afirmó el Mago.

–¿Y qué hay de mi corazón? –preguntó el Hombre de Hojalata.

–En cuanto a eso –contestó el Mago–, creo que se equivoca al pedir un corazón. Si supiera lo afortunado que es al no tener corazón.

–Eso es asunto de opiniones –repuso el Hombre de Hojalata–. Yo estoy dispuesto a sufrir, siempre que se me procure un corazón.

–Muy bien –dijo el Mago–. Mañana lo tendrá.

–Y ahora hablemos de mí –expresó Dotty–. ¿Cómo volveré a Kansas?

–Déme dos o tres días para pensar el asunto –solicitó el Mago–, y hallaré una solución. Mientras tanto serán mis huéspedes. Por favor, no revelen el secreto a nadie. Ni digan que soy un charlatán.

Se pusieron de acuerdo para guardar el secreto, pues Dotty aún tenía fe en que el Mago de Oz, el gran charlatán, encontrara algún medio para hacerla regresar a Kansas.

Sólo con eso, ella podría perdonarle todo.

13 La magia del Mago

A la mañana siguiente, todos, excepto Dotty, aguardaban.

El Espantapájaros fue el primero en llegar a presencia del Mago.

–Vengo por mis sesos –dijo con incomodidad.

–Bien, perdóneme que deba sacarle la cabeza para colocarle sesos –afirmó el Mago. Y, acto seguido, le desarmó la cabeza y vació la paja. Tomó en cambio un poco de masilla que mezcló con agujas y alfileres. Batió todo y relleno el resto con paja para sujetarla bien. Agregó–: Listo. Ahora será un hombre nuevo, con un buen cerebro.



–Me siento sabio de verdad –dijo el Espantapájaros–. Todo es cuestión de acostumbrarse.

–¿Por qué sobresalen esas agujas y alfileres? –indagó el Hombre de Hojalata.

–Eso prueba que es un hombre muy agudo –opinó el León Cobarde.

Tocó enseguida el turno al Hombre de Hojalata, quien dijo:

–He venido por mi corazón.

–Muy bien –contestó el Mago–, eso sí que tendré que cortar un trozo de su pecho para colocarlo. Espero no causarle daño.

–No sentiré nada –dijo el Hombre de Hojalata.

El Mago tomó un par de tijeras de las que usan los hojalateros y cortó un cuadrado en el lado izquierdo del pecho. De un mueble, sacó un hermoso corazón de seda y aserrín. Lo puso en el hueco y soldó el trozo de lata. Y le dio la seguridad de que todo marcharía bien.

–No olvidaré su bondad –manifestó el Hombre de Hojalata, dichoso de vivir.

Ahora tocó su turno al León Cobarde.

–Vengo por mi valor –dijo.

–Muy bien –asintió el Mago de Oz, y sacó de una repisa alta, con esfuerzo, una enorme botella verde, panzuda, cuyo contenido vació en un plato de oro, grabado con esas leyendas que tienen las tazas de las abuelitas. Lo colocó frente al León Cobarde, quien lo olfateó como si no fuese a gustarle, exactamente como tú haces con los remedios para la tos.

–¿Qué es? –preguntó, frunciendo el ceño–, ¿no tiene mal sabor?

–Si estuviera ya dentro de usted, yo lo llamaría valor –replicó el Mago–. No podremos llamarlo de ese modo hasta que lo haya tragado.

El León Cobarde lo vació de un solo trago.

–¿Cómo se siente ahora? –averiguó el Mago–, ¿cómo ve el mundo?

–Estoy lleno de valor –manifestó el León.

El Mago sonrió. “Fue muy sencillo hacer felices a los tres –pensó–, porque ellos imaginaron que yo habría de hacerlo; pero se necesita algo más que imaginación para llevar a Dotty de regreso a Kansas. Y no sé cómo hacerlo”.

14 El viaje en globo

Todos se hallaban felices en Oz, la Ciudad de Esmeralda, menos Dotty, que cada día extrañaba más su hogar de Kansas.

Al cuarto día el Mago mandó a llamarla.

–Siéntese, querida –le dijo–. Creo haber encontrado el medio de sacarla de este país. Construiremos un gran globo y yo me iré con ustedes. Vine por los aires, volveré por los aires. Trabajaré de nuevo en el circo, en Kansas o donde sea. No quiero que esta gente se dé cuenta de que soy sólo un charlatán. No les quitaré la fe en mis poderes.

Así lo acordaron.

Al instante, Dotty tomó hilo y aguja. El Mago comenzó a cortar la tela verde. Durante varios días trabajaron casi sin reposo. Una vez que el globo estuvo listo lo llenaron con aire caliente, pusieron en seguida un gran canasto en su parte inferior, lo amarraron con hilo grueso y lo trasladaron al patio del palacio. Daba gusto verlo, con su color verde, en medio del tablado que había preparado el guardia de las rejas.

Hicieron una gran fogata para ayudar al globo en su viaje. El aire caliente lo elevaba, y todo era más fácil.

El Mago fue el primero en subir y llamó:

–Venga, Dotty, apúrese, que el globo ya se va.

No bien había dicho esto, y cuando Dotty se aprestaba a subir al globo, un crujido reveló que las cuerdas que sujetaban el aparato habían saltado, rotas.

–Vuelva, vuelva –gritaba Dotty.

–No puedo, querida –decía el Mago, desde el canasto, agitando la mano, a medida que iba desapareciendo en el cielo, apartando las nubes.

Nunca lo olvidarían en el país de Oz, y en Omaha hablarían siempre de él.

15 El hada del Sur

Dotty lloró amargamente, ya sin esperanzas de volver a Kansas. Los días pasaban, hasta que una noche, en medio de la pena, la niña discurrió que aún faltaba una bruja buena que visitar: la del Sur.

Y a la mañana siguiente reunió a sus amigos y les expuso su plan.

No dijeron nada a nadie, salieron del palacio en punta de pies y caminaron, caminaron, como antes. Aunque ahora, gracias al Mago de Oz, todos eran distintos.

Cruzaron desiertos, montañas, ríos, hasta que dieron con un cerro empinado, lleno de rocas por todos lados.

–Hay que atravesarlo –dijo el León.

Ya iban a llegar a la primera roca cuando una voz áspera les gritó:

–¡Alto! ¡Vuelvan!

Una cabeza se asomó entre las rocas y añadió: –Este cerro es nuestro y no permitimos que nadie lo cruce.

–Debemos cruzarlo –dijo el sabio Espantapájaros–. Vamos a la tierra del hada del Sur.

–No lo harán –contestó la voz, y tras ella surgió el hombre más extraño que uno pueda imaginar. Era bajo, macizo, con una enorme cabeza plana sostenida por un cuello lleno de arrugas.

–¿Qué haremos ahora? –preguntó Dotty–. ¿Qué nos puede sacar de aquí?

El Hombre de Hojalata tuvo la solución:

–Llamemos a los Monos Alados.

–Bien –contestó la niña, poniéndose el Bonete de Oro y pronunciando las palabras mágicas.

Al instante, los veloces Monos Alados aparecieron.

–¿Cuáles son sus órdenes? –preguntaron.

–Hágannos pasar a la tierra de la bruja buena del Sur –dijeron a coro Dotty y sus amigos, ante el asombro del hombre de la cabeza cuadrada.

Los alzaron por el aire y, en un instante, los depositaron sobre un césped hermosísimo.

Campos inmensos de trigo maduraban al sol. Arroyos y puentes estaban al paso. Las rejas, las casas, las cercas, estaban pintadas de rojo.

Tres muchachas, con arco y flechas, los detuvieron en el puente rojo que daba al castillo, preguntándoles qué deseaban. Una vez enteradas de todo, anunciaron hacia el interior, y las voces se fueron repitiendo una y otra vez hasta que se perdieron los ecos en el enorme recinto.

Antes de ver a la bruja buena del Sur, fueron conducidos a una habitación. Allí Dotty se lavó la cara y se peinó, el León sacudió la tierra de su piel, el Espantapájaros se dio palmadas por todos lados para quedar bien y el Hombre de Hojalata se sacó brillo y aceitó las articulaciones, para no producir una mala impresión.

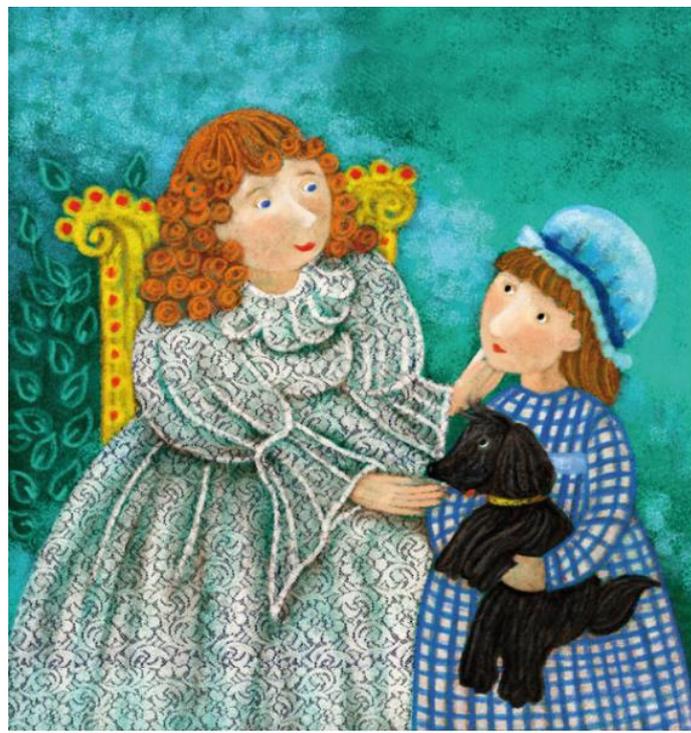
La muchacha soldado los condujo ante un gran trono de rubíes. Y en él estaba una joven muy bella. Sus cabellos eran rojos, los ojos azules y el vestido blanco. Miraba con bondad, y preguntó:

–¿Qué puedo hacer por ustedes, mi hermosa niña?

Dotty le contó su vida. Cómo el ciclón la había llevado a la tierra de Oz, cómo había conocido a sus compañeros y las maravillosas aventuras que juntos habían pasado.

–Mi mayor deseo, ahora –agregó–, es volver a Kansas. Tía Em debe de pensar que algo terrible me ha sucedido y de seguro se habrá puesto luto.

–Mi querida –dijo el hermoso ser–, estoy segura de encontrar la manera para que tú regreses a Kansas; pero si vuelves deberás darme el Bonete de Oro.



–Con mucho gusto –exclamó Dotty–. No lo quiero ahora.

–Con él –dijo la hermosa mujer–, daré tres órdenes a los Monos Alados. Primero, enviaré al Espantapájaros a gobernar el país de Oz. Será un excelente jefe, y servirá al país mucho mejor que otros que yo conozco en muchos lugares.

“Luego, enviaré al Hombre de Hojalata a gobernar a los Dormilones. Su cerebro no parece tan grande como el del Espantapájaros, pero tiene un gran corazón y gobernará con cariño e inteligencia.

“Y, finalmente, enviaré al León a gobernar a los animales que lo esperan más allá del bosque. Y que hace muchos años aguardan a un amo que tenga valor y talento para ser el jefe. “Cumplidas las tres misiones, devolveré el Bonete de Oro a los Monos Alados para que estén libres para siempre.

Todos aplaudieron con gran entusiasmo, pero Dotty preguntó, muy humildemente:

–Usted que es buena y hermosa me dirá cómo volver a Kansas.

–Tus zapatos de plata te ayudarán –contestó la hermosa bruja–. Si hubieses conocido sus poderes, habrías vuelto el mismo día que llegaste.

–No tendría este magnífico cerebro –gritó el Espantapájaros–. Podría haberme pasado la vida en el trigal del granjero.

–No tendría este adorable corazón –dijo el Hombre de Hojalata–. Me habría quedado en el bosque, inmóvil y oxidado para toda la vida.

–Habría vivido siempre como un cobarde –declaró el León–. Ningún animal habría sido bueno conmigo ni me habría respetado.

–Todo esto es cierto –dijo Dotty–. Me alegro de haber servido a estos excelentes amigos. Ahora que cada uno cumplió sus deseos y que tienen reinos para gobernar con amor y sabiduría, pienso que me agradaría enormemente volver a Kansas.

Dotty se levantó, dándose cuenta de que tenía sólo los calcetines puestos. Los zapatos de plata los había perdido. Habían desaparecido para siempre.

Tía Em salía de la casa a regar las coles cuando la divisó.

–¡Mi niña querida! –gritó, abrazando y besando a Dotty–. ¿De dónde diablos vienes?

–Del país de Oz –dijo Dotty con voz grave–. Tía Em, aquí está también Totó. En verdad, estoy terriblemente contenta de haber vuelto a casa.

16 El regreso

Los zapatos de plata tienen poderes maravillosos –dijo la bondadosa bruja del Sur–. Uno de ellos es que pueden llevar a cualquier parte del mundo a una persona, de tres pasos, y cada uno de ellos en un abrir y cerrar de ojos. Todo lo que debes hacer es golpear un taco tres veces con el otro y ordenar el sitio adonde deseas ir.

–Magnífico –repuso Dotty–. Les diré que me lleven al instante a Kansas.

Abrazó al León y palmoteó con ternura su cabeza melenuda. Besó al Hombre de Hojalata, que lloraba corriendo peligro de oxidarse, mientras el León movía la aceitera. Luego hizo unas caricias en el rostro del Espantapájaros.

El hada bajó del trono de rubíes y dio un beso de despedida a la niña. Dotty le agradeció la actitud bondadosa que había tenido para con ella y sus amigos. Tomó en sus brazos a Totó, golpeó un taco tres veces con el otro, como se le había indicado.

–Llévenme donde tía Em, a mi hogar.

De inmediato comenzó a girar con rapidez, a través del aire. El viento le silbaba en los oídos. Se detuvieron los zapatos, repentinamente, sobre el pasto, sin que pudiera darse cuenta de dónde estaba.

Finalmente se sentó y miró con curiosidad a su alrededor.

–¡Dios mío! –gritó.

Estaba sentada sobre la ancha pradera de Kansas y delante se encontraba la nueva casa que tío Henry había construido después que el ciclón se llevara la vieja.

Totó saltó, ladrando alegremente hacia el establo, donde tío Henry ordeñaba las vacas.